

Infernorama

Francisco
Miguel
Espinosa

Angel Luis
Sucasas

COLECCION
STOKER

STOP*

Accede al videojuego de la novela totalmente gratis



www.dolmeneditorial.com/inferorama

***: SE RECOMIENDA, AUNQUE NO ES IMPRESCINDIBLE,
JUGAR AL VIDEOJUEGO ANTES DE LEER ESTA NOVELA**

ARDE Y CALLA

Para mi bro, D., y el herrero que forjó los clavos.

Para Cherry.

CITAS

Haz lo que quieras será toda la ley.
Aleister Crowley.

El infierno está lleno de buenas intenciones
y el cielo de buenas obras.
George Herbert.

Todos tenemos algo roto dentro nuestro, por eso todos
somos demonios. ¿No es este mundo un verdadero infierno?
Makoto Shishio, Rurouni Kenshin.

El infierno son los otros.
Jean-Paul Sartre.

Para millones y millones de seres humanos
el verdadero infierno es la Tierra.
Arthur Schopenhauer.

Según la común ordenación de Dios, las almas de
los que mueren en pecado mortal, inmediatamente
después de la muerte, bajan al infierno, donde
son atormentadas con suplicios infernales.
Benedicto XII.

El infierno debe ser aquel lugar en el
que recordamos con añoranza los
momentos en los que estando vivos
deseábamos estar muertos.
Frank Miller, Sin City.

El infierno es la imposibilidad de la razón.
Oliver Stone, Platoon.

El infierno y el paraíso me parecen
desproporcionados. Los actos de los
hombres no merecen tanto.

Jorge Luis Borges.

Actualmente la gente está desengañada de
Dios y esto solo necesita ser fomentado.

Marilyn Manson.

El infierno es más soportable que la nada.

Philip James Bailey.

¡Ni el oído puede escuchar ni la lengua puede
decir las torturas de ese infierno interior!

Lord Byron, *The Giaour.*

En el infierno no hay redención.

**Miguel de Cervantes Saavedra, *Las aventuras
del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha.***

Así como ver la luz del Cielo le dio una conciencia
de la presencia de Dios en todas las cosas en el
plano mortal, también todas las cosas del Infierno
le hicieron consciente de la ausencia de Dios.

Ted Chiang, *Hell is the absence of God.*

Infierno, creció más grande en su ceño fruncido.

John Milton, *El paraíso perdido.*

El infierno está vacío y todos los demonios están aquí.

William Shakespeare, *La Tempestad.*

...Cuando dejen caer la aguja y el infierno se desate.

Eminem, *Hell breaks loose.*

El fuego que nunca se apaga.

Mateo, 3:12

Los impíos estarán eternamente sujetos a la furia y la ira de Dios en el infierno. Ellos sufrirán conscientemente vergüenza y desprecio y los ataques de una conciencia acusadora — junto con la ira encendida de una deidad ofendida — por toda la eternidad. Aun aquellos que estén en el infierno reconocerán la perfecta justicia de Dios.

Salmo, 76:10

Sí, el infierno es real. Sí, el infierno es un lugar de tormento y castigo que durará eternamente por los siglos de los siglos. Alabemos a Dios, que a través de Jesucristo, podemos escapar de este destino eterno.

Juan, 3:16,18, 36.

El verdadero satanista no es tan fácilmente reconocible como tal.

Szandor LaVey, *La Biblia satánica.*

Si está pasando un infierno, siga adelante.

Winston Churchill.

Tal vez este mundo es el infierno de otro planeta.

Aldous Huxley.

Somos nuestro propio demonio y hacemos de este mundo nuestro propio infierno.

Oscar Wilde.

El camino al Paraíso empieza en el Infierno.

Dante Alighieri.

Hay muchas cosas que empiezan por D.

John Dee.

THE BLOOD, FIRE AND SHIT MANIFESTO*

Esto es la muerte, ¿es como te esperabas? ¿Te ha resultado trágico morir? ¿O entretenido? A menudo me despierto preguntándome si lo que hago tiene un sentido, si somos ángeles al servicio de una conciencia mayor o solo un grupo de payasos viviendo un estilo de vida rocambolesco sin sentido ni dirección. Déjame que te hable, si me permites, del que ha sido mi verdadero hogar y mi mayor proyecto. Déjame que comparta contigo mi visión del infierno.

Se habla de castigar a los malos, pero siempre he pensado que el infierno debía ser, a imagen y semejanza del cielo, una recompensa para los que eligen el mal camino. Un premio para los malos, los negros de corazón, los mentirosos y lujuriosos. Aquí cada uno obtiene lo que desea, ¡y más de lo que puede desear! Un condenado puede empacharse de sus más bizarras fantasías, de sus deseos más obscenos. Hasta que se emborrache de muerte y se sacien sus sentidos. Yo no soy nadie para castigar a los pecadores, porque entiendo que el pecado es algo necesario. Piensa en el infierno como en un gran castillo de Lego: cada pieza es un deseo blasfemo y repudiado de la Tierra, ese pensamiento que te asalta de repente y del que reniegas, que escondes en la trastienda de tu mente. No estaría mal follarse a un niño; me gustaría oler las bragas de mi hermana; quisiera matar a mi jefe; podría darle un puñetazo a mi mujer y nadie lo sabría; quiero envenenar la cena de este hijo de puta. Todos esos pensamientos constituyen una realidad en el infierno; todas

* En satánico en el original.

esas hebras de mala conciencia. Esos «estuve a punto de» son los ladrillos de mi reino.

Y no te lleves la impresión de que el infierno existe solo por vosotros, pecadores. Lo que yo he concebido se parece más a un *sandbox*: un escenario tridimensional donde todo el mundo puede pulular y crear sus propias versiones; donde los ricos se encuentran con los pobres; donde hay mil y un sitios donde esconderse, pero ninguno al que regresar. Donde puedes pausar la eternidad y desplazarte rápidamente por el mapa, de un sitio a otro. Este es mi mundo, y ahora también el tuyo. Porque el infierno existe como una rueda: todo gira y gira y no puedes encontrar el punto de acceso, ni su final, ¡que el mundo se pare, que yo me bajo! El cielo es más plano, más convencional, sin nada que lo diferencie demasiado. El infierno existe en el imaginario colectivo. Como la noción de que tiene que haber cosas malas ahí afuera, pero no vemos más allá de nuestras narices. Y perdona si me pongo filosófico, de verdad, pero me gustaría que entendieses mi hogar como yo lo entiendo. Esta salva de maldades y de pensamientos repudiados me acogió en su seno cuando me vi perdido, cuando a la mitad de mi vida me vi perdido por una senda oscura... ¿Lo pillas? ¡Ja! Dante no pudo describir el infierno como no pudo Goethe, como nadie podría hacerlo. Ni siquiera el Santísimo, el de arriba, sería capaz de describir lo que hay aquí abajo. Oficialmente, existimos como una conciencia colectiva de todo lo que no debería ser. De todo lo que salió mal.

No te esperes fuego ni azufre; ni demonios con cuernos ni nada de eso. Todo es más sutil. El mal se parece más a un teatro donde siempre ponen la historia de todo lo que fue mal. Y el guion es inalterable, inenarrable.

¡Aquí bajó Dante y no supo acertar a describir más que la punta de mi polla!

Lasciate ogne speranza, voi ch'intrate!

En el infierno solo encontrarás lo que traigas contigo.

LOADING...

Había una silueta en la ventana.

Los enfermeros la sacaron de la parte trasera de la furgoneta, atada a la camilla, con las miradas fijas en su ropa arrugada, en el contorno de sus pechos, en la curvatura de sus muslos. Hope trató de desembarazarse de las ataduras, de las correas que le sujetaban las extremidades, que le oprimían el cuello. Sus fosas nasales, todavía inundadas del olor a carne quemada; su cuerpo, aún dolorido. El escozor en las muñecas y en las plantas de los pies; la piel ardiendo como socarrada por el sol. Los enfermeros dieron un golpe en la camilla y la levantaron. En los segundos que pasó suspendida, Hope pudo ver una silueta en la ventana del segundo piso. Alguien que se pegaba al cristal para escudriñarla, pero que no se dejaba ver. La oscuridad del interior de la habitación lo convertía todo en sombras difuminadas.

Hope quería gritar, pero sus pulmones aún estaban haciéndose a la idea de volver a respirar.

Desde afuera, el edificio parecía una casa encantada. Algo de aspecto gótico; con ventanas altas y arcos decorativos; con torres rematadas en punta y el ladrillo gastado y envejecido. La verja, de hierros gruesos como el cuello de una persona, con un nombre que Hope no pudo leer al pasar de largo, se abrió en silencio. Los enfermeros murmuraron algo que no entendió. La cabeza todavía le daba vueltas. El cielo estaba gris, encapotado, como cubierto por una película de ceniza.

La silueta de la ventana desapareció de su vista.

La inmensa puerta de madera se abrió con un crujido que murió ante la voz del hombre que salió a recibirlos.

—Vaya, vaya. Nuestra nueva inquilina.

Era un tipo de estatura media, de no más de cuarenta años. Tenía la cara un poco arrugada, pero bien afeitada.

da, con los ángulos de los pómulos muy marcados. Los ojos cansados, pero una sonrisa afable dibujada a cincel. Vestía un traje azul y una corbata descolorida. El pelo, canoso pero castaño, peinado con la raya a un lado. Las manos pequeñas y nudosas firmaron el papel que los enfermeros le tendieron.

—¿Podrían hacer el favor de dejarla dentro, caballeros?

Los enfermeros hicieron rodar la camilla hacia el interior del edificio y el tipo que los había recibido cerró la puerta tras ellos. El vestíbulo era una inmensa sala sin nada más que una escalera y una mesa de madera a sus pies. El hombre dio la vuelta y se sentó tras esta. Cruzó las manos. Hope todavía tardaba en procesar toda la información que sus sentidos le hacían llegar.

El hombre dijo:

—Bien, caballeros. Han sido de mucha ayuda. A partir de aquí, nos hacemos cargo.

Los enfermeros asintieron y Hope pudo ver cómo sus uniformes blancos abandonaban el edificio. La habían dejado, atada a la camilla erguida, frente a la mesa. Levantó un poco la mirada y comprobó que la escalera ascendía y se perdía en línea recta, para después curvarse y bifurcarse en varios pasillos.

Mientras rellenaba varios impresos, el hombre dijo:

—Hope Bennet; treinta y seis años; caucásica. Cabello negro, corto; ojos marrones. O negativo. Ninguna alergia reseñable. Ningún objeto que declarar. ¿Es correcto?

Hope no hizo caso, siguió dejando que sus ojos vagasen por los retazos que podía vislumbrar del interior del edificio. Había muy poca luz allí dentro. El suelo era de madera oscura. Las paredes pintadas de un verde apagado, casi gris. El eco de cada palabra se perdía en los rincones.

—Lo tomaré como un sí —dijo el hombre.

Firmó los papeles y le tendió uno a Hope. Aguardó hasta que ella fijó sus ojos en él y entonces susurró:

—Si te desato, ¿te portarás bien?

Y Hope asintió, apretando los dientes.

El hombre la desató y ella sintió las muñecas aun más doloridas.

—Tienes que firmar esto —dijo, tendiéndole un bolígrafo.

Hope lo cogió, con los dedos incapaces de emplear suficiente fuerza, y a duras penas firmó. Apretó tan poco que la tinta apenas era visible, pero el hombre enrolló el papel y lo dejó sobre la mesa. Se agachó y liberó a Hope de las ataduras de los tobillos. Le cogió la mano y la invitó a sostenerse sobre sus propios pies y bajar de la camilla.

Sentaba bien volver a caminar.

Dio unos pocos pasos y se apoyó en la mesa.

—Tómalo con calma —dijo el hombre.

—¿Dónde estoy?

—Estás en la última parada. Después de esto, solo puedes darte media vuelta y volver.

Hablaba en tono afable, sonriendo mucho. Pero sus ojos no sonreían: su mirada penetraba en Hope como una estaca y parecía escudriñar cada pequeño cambio en la expresión facial de la mujer. Dijo:

—Yo soy el señor D.

Y le tendió la mano. Hope la estrechó y la soltó rápidamente. El señor D. dio la vuelta a la mesa y le hizo un gesto con la cabeza. Hope lo siguió. Andaba demasiado rápido para ella, que apenas podía dar dos pasos seguidos sin tambalearse. El señor D. subía por la escalera y Hope iba tras él.

—Todavía no tenemos lista tu habitación, pero te acomodaremos en la sala de nuevas recepciones. Estarás cómoda. Será cuestión de poco tiempo. Ahora te evaluará el psicólogo.

—No necesito que me evalúen. Estoy bien.

El señor D. se detuvo. Habían llegado al primer rellano y todavía les quedaba un tramo de escaleras para llegar al primer piso. Se acercó a ella y la miró fijamente. Dijo:

—Así que estás bien, ¿eh? —Dejó entrever una sonrisa triste y añadió—: Tienes mucho que explicar, me parece a mí.

El señor D. la condujo a través de un pasillo. La madera del suelo crujía a cada paso que daban; la pintura de las paredes estaba desconchada. Al fondo, había una puerta de madera. El señor D. se detuvo delante de ella y se giró para encarar a Hope. Le pasó una mano por el pelo, como tratando torpemente de peinarla. Hope se sintió incómoda y se hizo a un lado. El señor D., sin darle importancia, dijo:

—Trata de ser sincera. Si no contigo misma, al menos sé sincera con él.

Hope no dijo nada. El señor D. asintió en silencio.

—Cuando hayas terminado, vendré a buscarte.

Y se alejó caminando por el pasillo.

Hope alargó una mano temblorosa y abrió la puerta.

El despacho del psicólogo era luminoso: un ventanal inmenso dejaba pasar una luz que Hope no reconocía como el tímido sol que brillaba en el cielo de afuera. Un gran escritorio de madera le dio la bienvenida; sentado tras él, con las manos cruzadas y una media sonrisa bajo sus gafas, le esperaba el psicólogo. Un hombre larguirucho y calvo; con una mandíbula demasiado prominente y los ojos muy pequeños tras unas gafas de montura metálica. Le indicó que se sentase con un gesto de la mano y Hope obedeció.

—Hábleme de los motivos que la han traído aquí —dijo el psicólogo, sacando una agenda de piel de uno de los cajones y empezando a escribir en ella.

—¿Así... sin más? ¿No nos... presentamos?

El psicólogo la miró por encima de las gafas.

Dijo:

—Para el propósito de la terapia, mi nombre es irrelevante. Y el suyo también. Me interesan los motivos que llevan a una mente a enfermar hasta el grado de acabar aquí.

—Mi mente no está enferma —respondió Hope, lacónicamente.

—Las conexiones cerebrales pueden encontrarse, desde un punto de vista meramente biológico, en buen estado. Pero la interacción con la realidad del mundo, sin duda, ha llevado a su cerebro a tomar la determinación más exacerbada de la raza humana. El último acto de rebeldía que una mente enferma puede llevar a cabo.

El psicólogo le señaló algo. Extendió un dedo huesudo y apuntó al regazo de Hope. A sus manos. Hope bajó la mirada y pudo ver las profundas cicatrices en sus muñecas: empezaban en la base de la mano y se extendían en vertical a lo largo de todo el brazo. Hope arrugó el ceño. No recordaba exactamente todos los detalles, pero allí estaban las cicatrices. Y algo le decía que era su lugar correcto. Que no existía equivocación posible.

—El suicidio —dijo el psicólogo.

Hope ahogó un grito. Todo en su cuerpo parecía normal: respiraba, sentía su corazón latiendo, sentía el aire entrando en sus pulmones y los cambios térmicos en su piel. Sin embargo...

—¿Intenté suicidarme?

—Se suicidó. Usted murió el 19 de junio, aunque no creo que eso importe nada para el propósito de la terapia.

Hope empezó a sollozar. Sentía las lágrimas, incontables, salir despedidas de sus ojos como perdigones; le costaba respirar y sentía una presión en el pecho indescriptible. Trataba de no pensar en las palabras *ataúd* ni *crematorio*. El psicólogo apuntó algo en su agenda. Dijo:

—¿Cómo se siente respecto a su propia muerte?

—¿Que cómo me siento? Maldita sea...

—¿Siente furia? Es muy normal sentir furia.

Hope se ahogaba. Si lo pensaba detenidamente, ni siquiera podría ahogarse realmente. Sus pulmones no funcionaban. Su cuerpo ni siquiera existía ya. Pero allí estaba, y no podía respirar. El psicólogo ni se inmutó: no

cambió su postura, se limitó a seguir allí sentado, con la agenda y el bolígrafo listos, estudiando a Hope como se estudia a un ratón de laboratorio. Su figura se recortaba contra la luz que entraba por el ventanal.

—¿Dónde estoy?

—Eso es irrelevante para el propósito de la terapia.

—¿Y cuál es el jodido propósito de la terapia?!

El psicólogo anotó algo en la agenda y después lo tachó: un gesto rudo, sin ambages; tan solo un tachón firme y seco. Miró a Hope por encima de las gafas y dijo:

—El propósito de esta terapia es determinar la habitación que va a ocupar usted por el resto de la eternidad.

Hope se quedó muda. En su cabeza, ruido de fondo. Una mueca quiso dibujarse en su cara, pero no atinó a existir. Nada en ella existía, realmente. El psicólogo escribió una larga impresión en su agenda y la cerró. Dijo:

—Es demasiado pronto para determinar su estado. Volveremos a vernos; mientras tanto, daré orden para que se aloje en la habitación para visitas. No se acomode.

El psicólogo le hizo un gesto con la mano, invitándola a marcharse. Hope se levantó y salió del despacho, arrastrando los pies. Bajó la mirada y se concentró de nuevo en las cicatrices de sus muñecas. No recordaba nada. No podía construir en su cabeza la imagen mental de ella misma rajándose la carne; queriendo morir. No pudo recordar nada: ni dónde vivía, ni si estaba casada, ni a sus padres, ni si tenía hijos. Solo sabía que se llamaba Hope.

Afuera, en el pasillo, apoyado contra la pared y con la cabeza torcida y medio reposada sobre su propio hombro, la esperaba el señor D. Hope cerró la puerta del despacho y avanzó hasta él.

—¿Ha ido bien?

Hope no respondió.

El señor D. dijo:

—Ya lo imaginaba. No te desanimes. La primera vez es así para todos.

—¿Tú también estás muerto?

—Se podría decir que sí. Hay muchas formas de estar muerto.

Avanzaron por el pasillo y llegaron a la escalera. Subieron hasta el segundo rellano y allí el señor D. caminó hasta el fondo. Hope le seguía, sin reparar en los detalles, tan solo forzándose a recordar. El psicólogo había mencionado el 19 de junio, pero esa fecha no le decía nada.

—Estas son las habitaciones. Yo lo llamo el «desfile de la muerte».

Hope levantó la mirada y se encontró con un pasillo interminable, cuyo final la oscuridad no dejaba vislumbrar. Entre las paredes desconchadas se sucedían, a intervalos regulares, unas puertas de acero, medio oxidadas, llenas de cerrojos. Lo único visible en las puertas eran los números. Llegaban del primero al setenta, al ochenta, al noventa, y se perdían más allá de donde llegaba la vista. Según avanzaban, la oscuridad era más espesa y Hope apenas podía ver ya la silueta del señor D.

Llegaron hasta lo que Hope creía que sería la mitad del pasillo, y el señor D. se detuvo ante una puerta abierta. Un cubículo de paredes grises y sin ventana, con un camastro y una estantería, era todo lo que ofrecía la habitación. En la puerta no había número. El señor D. le hizo un gesto y torció la boca. Dijo:

—No es una *suite*, pero estarás bien aquí. Hasta que seleccionen una habitación adecuada para ti.

—¿Cuánto tiempo debo estar aquí?

—No mucho; pronto te encontrarán una habitación y podrás acomodarte.

—No; me refiero a cuánto tiempo pasaré... aquí.

—Oh —el señor D. pareció apenado—. Me temo que el resto del tiempo, querida.

Hope entró en la habitación y cerró la puerta.

* * *

Hope despertó diciéndose a sí misma que no había despertado realmente. Porque no había estado dormida. Porque no podía dormir. Estaba muerta. Salió de su habitación y recorrió el pasillo, caminando deprisa, hasta llegar a la escalera. El «desfile de la muerte» le daba escalofríos: la oscuridad se tragaba las puertas y parecía dispuesta para tragársela a ella.

Llegó al primer piso y dirigió la mirada, inconscientemente, hacia el despacho del psicólogo. La puerta siempre estaba cerrada y detrás de ella no se escuchaba un solo ruido. Hope siguió bajando y, al llegar al pie de la escalera, se encontró con el señor D., que estampaba un sello de tinta contra una pila de papeles.

—¡Buenos días, Hope!

—Buenos días.

—¿Cómo has pasado la noche?

—Ya lo sabes.

—Lamento que esta mañana tampoco estés de buen humor.

Hope se había prometido no perder la noción del tiempo estando allí, pero no había podido cumplir su promesa. Los días no transcurrían normalmente, las horas de luz y oscuridad no eran exactas. Algunos días duraban dos horas y otros duraban cuarenta. El cielo estaba oscuro o radiante dependiendo de a qué ventana se asomase. Era imposible llevar una cuenta ordenada del paso del tiempo.

Hope se rindió y se dedicó a intentar forzar su memoria.

Se echaba en el camastro y se contemplaba las cicatrices. Tratava de que estas le hablasen, de que le narrasen la historia de su muerte. A veces, creía ver retazos de imágenes en su cabeza, pero después desaparecían tras la neblina que su cerebro daba siempre por respuesta a las preguntas sobre el pasado. Sobre la vida. Se preguntó si era normal que la muerte borrara los recuerdos del cerebro.

—A veces olvidamos las cosas... hasta que estamos preparados para recordarlas —respondió el señor D. cuando se lo preguntó.

Aquella mañana, Hope se había despertado con una determinación, con una idea en la cabeza. Se apoyó en la pequeña mesa de madera que el señor D. estaba utilizando para estampar el sello y, con un tono de voz muy bajo, le dijo:

—Quiero salir de aquí.

El señor D. levantó la mirada y sonrió. Dejó el sello a un lado y cruzó los dedos, en un gesto que a Hope le recordó vagamente al psicólogo.

Dijo:

—Tiene que haber alguna forma de salir.

—Te dije que pasarías aquí el resto del tiempo, son las reglas.

—Las reglas se hacen para romperse. Tú llevas mucho tiempo aquí, ¿cómo puedo salir?

El señor D. miró a ambos lados, sin nerviosismo, pero con la atención de quien espera que escuchen lo que va a decir y finge que debiera tratarse de una confidencia. Hizo los papeles a un lado y se apoyó en la mesa para incorporarse y poner su cara a la altura de la de Hope. Dijo:

—Supongo que si no hubiera habitaciones disponibles, no tendríamos más remedio que dejarte salir.

—¿Y cómo consigo eso?

—Nadie lo ha intentado antes. Si consigues echar a un interno de su habitación... podrías quedártela. En los registros no aparecerá tu nombre, sino el suyo. Si vacías todas las habitaciones, no tendríamos más remedio que realojar a los internos en habitaciones distintas; un caos. No es seguro, pero tal vez podrías salir de aquí.

—¿Y cómo echo a los internos de sus habitaciones?

El señor D. se puso en pie y echó a andar. Hope le siguió de cerca. Subieron hasta el segundo piso y encararon el primer tramo del «desfile de la muerte». El señor D. se detuvo frente a la primera puerta. Hope aguardó.

—Cuando expulsas a un interno de su habitación —dijo el señor D.—, te quedas con ella y su plaza salta a la siguiente. Y así sucesivamente. Si echas al primero, tú te quedarás con su habitación y él pasará a la del segundo. Por lo que el último se quedará sin hueco y pasará a la de invitados. Si echas al segundo, pasará a la del tercero; el último, a la de invitados; el de invitados, a la primera, y tú, a la segunda. Cundirá el caos por aquí. Si pasas por todas las habitaciones, tu expediente reflejará que no hay una habitación para ti, que no eres apta para este lugar, y tendríamos que echarte.

—Funcionará: mover todas las plazas, usurpar todas las habitaciones y que me expedienten por ello.

—Nadie quiere un problema, y aquí lo quieren menos que nadie. Si pasas por todas las habitaciones hasta volver a la tuya de invitados, te garantizo que te echarán de aquí. Lo que ocurra fuera... ya no puedo asegurártelo.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, nunca se ha dado el caso... pero cabe la posibilidad de que incluso hubiera que devolverte allí arriba.

—¿Allí arriba?

—A la vida.

Hope casi se atragantó con la sorpresa. En las noches en su camastro de invitados, se había repetido muchas veces que estaba en el infierno. Los suicidas iban al infierno, eso seguro. Y se preguntó cómo sería el cielo. Pero la perspectiva de volver a la vida...

—¿Cuántas habitaciones hay?

—Seiscientos sesenta y seis.

—Claro.

—Yo no hago las reglas.

—¿Y cómo entro en ellas? ¿Cómo echo a los dueños?

—Verás; dentro de cada habitación le damos espacio creativo al residente para desarrollar su mundo interior. Por eso tardamos tanto en asignar un número y una habitación concreta: cada una es diferente, cada una

es especial. Lo que puedas encontrarte dentro de cada habitación, es un misterio hasta que entras en ella. Pero una cosa te aseguro: no estarás sola. Y no será divertido.

Hope encaró al señor D.

—¿Y por qué me ayudas?

El señor D. sacó un manajo de llaves e introdujo la primera en la cerradura. Dio un solo giro y la puerta se abrió sin ningún sonido. Solo la oscuridad que los rodeaba, solo el silencio que la acompañaba. El señor D. dijo:

—Porque para el resto de nosotros, sí que será divertido.

STAGE 1

EL FRÁGIL CUELLO
DE LA VIDA

1

Después de la oscuridad, vino la oscuridad.

Abrir los ojos no supuso ninguna diferencia. Tomar aliento, sí. Un hedor podrido entró directo de su nariz a su estómago; y lo apuñaló. Se vomitó encima. Tres veces. Lo siguiente fue saber que no podía moverse. Estaba embutida en algo viscoso en la superficie y duro en el interior, algo que se sentía como mantequilla a medio derretir untada sobre una hogaza de pan viejo.

Con un esfuerzo supremo, consiguió liberar su mano derecha. Y comenzó a palpar. La masa que la rodeaba no era compacta. Se intuían oquedades, perfiles, entrantes y salientes, formas que despertaban su inquietud y que sus dedos recordaban pero sin llegar a reconocerlas, esa palabra que quema en la punta de la lengua pero que se derrite como una pastilla de ácido sin desvelar su secreto. Una forma en concreto obligó a sus dedos a ser más meticulosos. Acariciar de las yemas en la masa blanda y la caverna de la mente invocando la silueta.

Se detuvo y dio un respingo. Lo que había dibujado con el lápiz de su cerebro era demasiado inquietante como para admitirlo. Volvió a palpar, aun más lentamente y con unos dedos que temblaban. Un contorno blando y turgente, dos filas duras y vacío entremedias. Por encima, un saliente largo y estrecho. A los lados, una masa blanda y simétrica que a veces recubría piezas duras que se sentían ensambladas entre sí y dos oquedades gemelas cubiertas de algo gelatinoso. Y más arriba, rematando la forma, una curva blando-dura que de pronto desaparecía en una masa de hebras grasientas.

Boca. Nariz. Ojos. Cabello.

Rostro.

Antes de que pudiera gritar, cien voces lo hicieron por ella.

2

Polvillo de tierra caía desde la oscuridad. Hope se cubría la boca con la mano para amortiguar los estornudos. Temblaba como la última hoja de otoño. Las voces de arriba, que se desgarraban las gargantas en sollozos y maldiciones en panyabi, hindi, bengalí y lenguas para las que solo había nombre en las llanuras cuarteadas de la meseta del Decán. Hope entendía cada uno de los gritos. Era una tormenta de lloros de madres por sus hijos muertos y amenazas de padres a los asesinos. Y un jaleo para concluir con la tarea cuanto antes. También había otros ruidos, el de cien palas hundiéndose en la tierra y abriendo una profunda herida a toda velocidad.

Hope entendió lo que estaba a punto de pasar. Y entendió también quién era su fétida compañía.

Tenía que salir de allí.

Mientras forcejeaba, la oscuridad se convirtió en penumbra. Arriba, a unos veinte metros, se dibujó, luminoso, el contorno de un círculo. Lucían vetas de luz allí y allá que se filtraban e iluminaban muy levemente las paredes del pozo; de una piedra lisa y sin salientes, para que fuera imposible trepar por ella. Bloques ajustados y labrados meticulosamente. Hacia arriba no había salida. Y a su alrededor... la leve luminosidad confirmaba lo que sus dedos ya sabían. Los muertos eran su compañía. Decenas y decenas de muertos apretados contra su cuerpo. El rostro que había palpado era el de un muchacho, púrpura y verdoso por la putrefacción, sin ojos y con los rasgos extrañamente planos, como si alguien los hubiera quemado para que ni su madre pudiera reconocerlo. Un vistazo a los pocos rostros que asomaban entre la maraña de miembros le confirmó que aquella atrocidad se repetía en cada víctima. Muchacha o anciano. Daba igual. La cara quemada y los ojos vacíos.

Ya no sonaban las palas, sino unos golpes secos y pesados. Mazas trabajando la madera. Ahora ya no solo caía polvo, sino

una lluvia de astillas. Una de ellas giró con malicia en el vacío y se le hundió con saña en la mejilla derecha.

La primera sangre.

Y si no podía salir de allí, habría mucha más. Un pozo de muertos bañados en su propia sangre.

Un nuevo golpe provocó el estallido. Hope agachó la cabeza y la enterró en el vientre blando de uno de los muertos, hinchado por los gases. Dos de sus nudillos estallaron en un dolor rojo cuando los fragmentos pesados de las tablas cayeron sobre ellos. Pero mejor los nudillos que las vértebras de su cuello.

De pronto, había mucho silencio. Hope esperó, esperó y esperó. Nada. Se arriesgó a moverse y a mirar qué pasaba allí arriba.

La luz la cegó. Tuvo que esperar más de un minuto antes de poder distinguir algo en aquel doloroso resplandor blanco. Cuando lo hizo, vio que el círculo del pozo estaba abierto. Solo algunos fragmentos a medio desprender de los tablones permanecían asidos al contorno, los escasos dientes podridos en la boca de un intocable. Inclínadas sobre el pozo, había muchas siluetas negras, mirando fijamente hacia abajo.

Hacia Hope.

—Por favor... —lo dijo con un hilo de voz, y pensó en no decir nada más, pero había más de veinte metros de piedra lisa entre ella y la salida; el único camino posible era rogar y rezar—. Por favor, ayúdenme. Ayúdenme.

La primera piedra voló como un rayo. Hope miró con horror cómo el guijarro impactaba en el rostro abotargado del muchacho y le arrancaba la mandíbula inferior. Volvió a mirar hacia arriba. Una anciana que se inclinaba sobre el pozo y gritaba maldiciones terribles. «¡Te voy a arrancar los ojos, puta! ¡Te voy a arrancar los ojos!».

Se llevaron a la anciana. Pero las siluetas, ahora más numerosas, con sus rodillas flexionadas sobre el brocal del pozo, seguían allí. Inmóviles y calladas.

—Por favor...

Entonces llovieron las piedras.

Hope hizo lo único que podía hacer.
Se enterró en el muro de cadáveres y comenzó a reptar bajo él.

3

Codos y rodillas que se clavaban. Uñas largas de manos y pies que le arañaban la carne. Masas de cabello pestilente y grasiento; telas de araña que le pasaban por la cara dejando un rastro goteante. Una carne cada vez más podrida, que se desprendía cuando la tocaba y se le quedaba pegada entre los dedos. Y una pestilencia creciente, más y más irrespirable a medida que se iba hundiendo en el pozo. Los gritos se escuchaban cada vez más lejanos, amortiguados por la bóveda de carne muerta que estaba dejando a su espalda. Pero no parecía haber salido de aquella jaula de cadáveres. Y ya no podría aguantar mucho más. La mente se le desgarraba; los pensamientos, jirones rancios gemelos a los que arrancaba con el serpenteo de su cuerpo. Ya había vomitado todo lo que podía vomitar. Y aun así, de repente un espasmo le hacía soltar un chorro de bilis muy aguada sobre una cara quemada.

De pronto, se sentía como en casa, reviviendo los retazos de recuerdos que conservaba. El cuadro de los relojes goteantes. El viejo lisiado que no podía callarse. El autobús camino de alguna parte. La carne en las calles. Y una fotografía en su bolsillo, con un rostro que cambiaba más y más rápido...

Un rumor apenas audible. Monocorde, melodioso, fluido.

Agua.

Hope olvidó su maltrecha memoria y dio un grito de alegría. Se zambulló con mayor violencia entre los cuerpos, sin importarle que un vientre hinchado dejara escapar su metano como una vejiga pinchada o que la enorme uña de una muerta le trazara un surco en la piel, a milímetros de rajarle un ojo. Se retorció, empujó y arañó, dejando escapar rugidos salvajes de su garganta árida.

Y al fin, una mano, al otro lado, emergiendo de la muralla de manos, pies y caras. El frío roce del agua casi la hizo llorar.

Pero aguantó, se dio el último impulso y cayó con un fuerte chapoteo.

La corriente era rauda y comenzó a arrastrarla a buen ritmo. Hope se dejó llevar. Los brazos en cruz y las piernas separadas; una estrella flotando en la oscuridad. Sonrió de alegría por primera vez en una eternidad.

Vivir, incluso cuando una estaba muerta, era maravilloso.

4

Ya bajo la luz del día, siguió dejándose llevar por el río, mirando los gigantes invertidos de los mangles y el cielo limpio de nubes. De tanto en tanto, un mono asomaba entre las ramas y se quedaba mirándola. Y a veces, lo que parecía una espesa enredadera abrazada al tronco de un árbol se estremecía con un temblor inquietante. Serpientes. Y en el agua...

Decidió que había llegado el momento de acercarse a tierra. Media docena de brazadas la separaban de la ribera. Entonces vio que un tronco, el único a la vista que flotaba sobre las aguas del río alejándose de ella, cambió el rumbo. Se acercaba a Hope a toda velocidad. Cuando ya solo los separaban unos metros, el tronco se hundió. Y, un instante después de hacerse invisible, algo alargado y flexible ascendió por un instante y volvió a desaparecer sin apenas salpicar. Hope abrió mucho los ojos.

Y comenzó a nadar.

Cuando daba la última brazada, escuchó el estallido a su espalda. Una mole de dos toneladas aterrizó sobre el barro, justo donde un instante antes había estado su cabeza. Hope rodó hacia a un lado, pero la bestia era mortalmente rápida. De pronto todo su campo visual fue violado por un paladar amarillo brillante y un sinfín de colmillos. Las mandíbulas se cerraron en un chasquido a milímetros de arrancarle la cara.

Sin pensar, Hope tomó un guijarro de entre el barro y se lo lanzó con una puntería perfecta y salvaje a uno de los ojos. La bestia dio un rugido y desapareció bajo las aguas. Pero Hope

no cometió el mismo error por segunda vez: dio un salto hacia atrás y, cuando el cocodrilo saltó de nuevo y aterrizó en el lodo, ella ya estaba fuera de su alcance.

Hope se acercó al animal apretando los dientes y apretando el puño sobre una piedra afilada. El saurio había caído en una mala posición, cargando buena parte de sus dos mil kilos de peso sobre una de sus patas. Los huesos se habían partido, y ahora no era capaz de darse la vuelta y volver al río. Hope lo rodeó y se subió a su espalda, sentándose sobre el espinazo. Agarró la piedra con ambas manos y la levantó sobre su cabeza, con el extremo agudo apuntando al ojo sano de la bestia. Los rugidos del saurio eran quebrados, lastimeros. Los músculos de Hope, tensos, listos para descargar el golpe como un látigo, se aflojaron levemente. El monstruo estaba vencido. No tenía por qué rematarlo. Pero quería hacerlo. Quería atravesar ese ojo hasta llegar al cerebro. Quería devolver todo lo que había sufrido en aquella ciudad con carne en las calles. Quería matar como una salvaje y disfrutar con ello.

Una carcajada estalló en su mente, la risa maníaca de un hombre joven. Dos ojos ardientes borraron cualquier pensamiento.

Parpadeó como saliendo de un sueño. A su alrededor solo estaba la marisma; el monstruo rugiente, bajo sus caderas y el cielo azul, sin una nube.

Dejó caer la piedra, se bajó del saurio y fue alejándose de él a paso vivo, chapoteando entre la maleza. Al frente se adivinaba un horizonte de jungla. Y algo le decía que el dueño de la risa que había escuchado en su cerebro la esperaba allí, en la espesura.

5

Un claro, un estanque alimentado por una pequeña cascada; un muro de jungla con gigantes arbóreos de gruesas raíces como intestinos anudados. Resultaba irreal, bañada en un aura levemente verdosa que difuminaba los contornos. Sedienta, Hope

sumergió la cabeza en el charco y bebió con avidez. El agua estaba sucia, pero no era un lodazal como en el río. Y había surcos muy marcados entre la vegetación que indicaban que los animales bebían de ella. Así que bebió, sin medida, atragantándose y vomitando parte de lo que engullía solo para volver a hundirse en la charca.

Cuando sintió que su estómago no podía más, se acercó a un tronco, se dejó caer de espaldas a él y cerró los ojos. Seiscientos sesenta y seis. Y esta era solo la primera. Un mundo entero. Y se suponía que tenía que encontrar a su dueño y «desalojarlo», fuera eso lo que fuere. Luego repetirlo otras seiscientos sesenta y cinco veces. Y volvería a vivir.

Pero cómo debía encontrarlo, de eso no había hablado el señor D. Eso sí, había dicho que no estaría sola y que no sería divertido. Y había acertado de pleno.

Aun así, era mucho mejor estar en una jungla, sin saber qué hacer y muriéndose de sed, que volver a la ciudad. Eso era todo lo que recordaba, todo lo que era por dentro: La ciudad. El dolor. El miedo. La carne. Qué había habido antes seguía en la niebla.

Dejándose llevar por el cansancio, acurrucó la cabeza sobre los muslos. Pero antes de que su mente invocara el primer sueño, algo la agarró por la cintura.

Y empezó a apretar.

6

Le quedaban segundos de vida. Los que tardara la gruesa pitón de seis metros en, o bien constreñir un poco más sus anillos de músculo sobre su cuerpo, convirtiendo sus costillas en metralla que pulverizaran sus entrañas, o bien engullirla viva. De un solo bocado.

Optó por la segunda opción. La fea y gruesa cabeza cimbreada a los lados en un movimiento hipnótico mientras se acercaba lentamente. De pronto, la tuvo enfrente: sus ojos muertos de pupilas sesgadas clavándose en ella. No eran verdes con pin-

tas como los del cocodrilo. Eran rojos, un rojo de semáforo. Por segunda vez, el paladar de un reptil, esta vez sin dientes, fue todo su universo.

Cerró los ojos y se preparó para morir. Morir estando muerta. Casi tenía gracia.

Pero no pasó nada, no sintió la succión de aquella boca blanda enviándola a un estómago que tardaría un par de meses en digerirla. Abrió los ojos.

La cabeza de la pitón seguía muy cerca. Pero ahora llevaba unas gafas de sol Ray-Ban de montura negra. Y sonreía.

—Qué tal, nena. ¿No tendrás una manzana?

7

Chupa de cuero. Pelo corto, peinado levemente a lo pincho. Pantalones negros y ceñidos con una cadena de plata por cinturón. Y una sonrisa desdeñosa que dejaba entrever un colmillo afilado.

—¿La ayudo a levantarse, señorita?

Hope rechazó la mano enguantada con mitones de motero y pinchos en los nudillos que le tendía el hombre que había sido serpiente y se levantó por su propio pie. El tipo tendría unos veinte o veintipico. Cutis perfecto, sin ninguna arruga o imperfección. Pálido como el mármol.

—Sea bienvenida al primer capítulo de nuestro juegucito. Empezamos suave, como ha visto. Mucha luz, bonito paisaje y simpáticos animales.

Hope no respondió. Se limitó a mirarlo a los ojos hasta que el chulesco muchacho pareció incómodo y apartó la mirada, rascándose la nuca.

—Vale. ¿Quieres que corte el rollo *gentleman* y vaya al grano, nena?

—Te lo agradecería. Y no me llames «nena».

Otra vez aquella sonrisa con colmillo. Se sentó en el suelo y se palmeó los muslos, mirando a Hope con lascivia.

—Si quieres montar, te hago sitio.

Hope se sentó a su lado, ni muy cerca ni muy lejos, y clavó su vista en las aguas de la cascada espumando sobre el estanque.

—En fin, no eres muy habladora, ¿verdad? Seguro que le gustas al viejo. Bueno, me presento y tal. Soy D. —Hope le dirigió una mirada fugaz—. Sí. Como el viejo. Pero sin señor. El trullo de locos son sus dominios. Y estos —hizo un gesto abarcando todo el paisaje—, son los míos.

—Pensé que cada habitación era del huésped al que tengo que «desalojar». ¿Eres tú el huésped?

D. abrió la boca para decir algo. Pero la cerró inmediatamente. Luego dejó escapar una risita, como si se riera de una broma privada.

—No. Y casi te suelto un *spoiler*, ya ves tú qué fácil soy. Vale, es cierto: cada habitación es de un chalado. Un chalado de los que matan. Y si quieres lograr lo que nadie ha conseguido, y pocos intentado, los tienes que desalojar a todos. Uno a uno.

—¿Y cómo lo hago?

D. posó el dedo índice de su siniestra sobre el cuello. Luego cruzó su gaxnate de derecha a izquierda haciendo un histriónico gorgoteo.

—¿Lo pillas?

Vale. Cartas boca arriba.

—Sí. Lo pillo.

—Pero las cosas no se pueden hacer de cualquier manera. Hay reglas. Toda partida tiene sus reglas. ¿Controlas de videojuegos? ¿NPCs, intros, combos, *round one y you win*?

Hope arqueó una ceja.

—Vale, ya veo. Te explico lo básico, para que puedas empezar. Este juego no es para maricas. Es *hardcore*. Tienes una vida. Y solo una. Si la cagas —de un manotazo, aplastó una mariposa posada sobre su pernera—, la cagas para siempre.

Hope miró el aleteo agónico de la mariposa. Luego miró a D. Este se reía.

—¿Chungo, verdad?

—Eso parece.

— Vale. Te veo con buena actitud. A ver si la aguantas. Te cuento cómo va lo que ves en cada fase. El léxico del *joystick*. Se aprende rápido.

Se aprendía. NPCs eran los personajes no jugables, todos menos Hope y el dueño de aquella habitación. Al dueño se le llamaba *final boss*, aunque solo hubiera uno. La *skin* era el aspecto con el que Hope se cargaba en cada fase. Y el *timer* era el tiempo que tenía para terminarla.

— 666, amiga. Mi número de la suerte. Pero no pasa igual en todas las fases.

— ¿Y cómo puedo verlo?

— Fíjate, joder. En todo. En el tronco de un árbol, en una pisada, en el neón de un puticlub. Todo lo que veas, sientas o huelas. Todo lo que pienses.

— ¿Está corriendo ahora?

D. se sacó las gafas de sol. Sus iris eran de un color rojo arterial. Pero no brillaban.

— Siempre, nena. El tiempo siempre corre. Vuela. Vamos, acércate al charco y echa un vistazo a tu *skin*. Estabas demasiado ocupada bebiendo para ver lo guapa que te he dejado.

Dieciocho. Tal vez menos. Eso era lo que veía reflejado sobre el charco. Ni ojeras, ni arrugas, ni pliegues en las comisuras de los labios. Ante ella, se ondulaba el reflejo de su yo juvenil.

— Hay algunos cambios. —D. le pellizcó los bíceps y los muslos, trabajados como los de una atleta—. Pero te van a hacer falta. El huésped de este cuarto es duro de pelar. Por no hablar de la infección.

— ¿Infección?

D. chasqueó los dedos. De la fronda, a pasos largos e inaudibles, surgió un tigre. Hope dio un paso atrás, pero D. la agarró por la muñeca. El tigre se plantó frente a D. y se sentó sobre sus cuartos traseros. Sus ojos no se despegaban de Hope, dos lagos verdes bordeados de dorado con los pozos negros de las pupilas engulléndola.

— «Su temible simetría...» — recitó afectadamente D. mientras acariciaba el pelaje rayado—. Y no es lo único temible. Bebe.

El tigre se inclinó sobre la charca y comenzó a beber, a largos tragos. Seguía mirando a Hope.

—De charca en charca. Lyssavirus. Un pequeño cabrón asesino de cadena negativa. Si un animal infectado bebe de una charca, como nuestro amigo está haciendo, la envenena durante semanas. ¿Y sabes una cosa, Hope? —D. se volvió a mirarla; el rojo de sus iris parecía más brillante—. Esta es su charca favorita.

Hope cayó de rodillas y vomitó. Con la primera convulsión salió un chorro de bilis. Con la segunda, de sangre. Sus tripas parecían derretirse.

—Vas a tener que encontrarlo realmente rápido, porque, para darle emoción, tu infección será muy, muy cabrona. —Miró su gran reloj de pulsera en el que no había ninguna aguja—. Es una pena, aún me quedaban unas cuantas cosas que explicarte. Como lo de los marcadores, las *skills* o los «huevos de pascua». Pero, bueno, habrá tiempo. —Hope volvió a vomitar otro coágulo sobre la hierba, las venas bajo su piel habían adquirido un color rosado brillante—. Tal vez.

D. palmeó el costado del tigre. Este dejó de beber y se plantó al lado de su amo, mirando sin pestañear cómo Hope se retorció en el suelo mientras su cola a franjas daba perezosos balanceos.

—En fin, nena. Me podría pasar horas viéndote vomitar las tripas. Pero ya está bien de ayudas. Te daré una más, un *cutscene* para que puedas llegar a la ciudad a tiempo. Y un marcador, para que veas el objetivo de misión, el tipo o tipa que tienes que matar, y a qué distancia está. Espero que nos veamos pronto. Al menos tienes que llegar al 1050 de Cielo Drive el 9 del 69. Esa fiesta no te la puedes...

—¿Qu...?

D. se dio la vuelta. Desde el suelo, Hope gateaba, entre espasmos, intentando levantarse. El joven se acercó a ella y dejó que la mano agarrotada de Hope le aferrara el empuje de sus botas de cuero.

—Ey, cielo, que son nuevas. —Se agachó poniéndose a su altura, aferrándola por el mentón—. ¿Qué quieres?

—¿Qu...? —Cada palabra era un suplicio para Hope, un puñal en las entrañas—. ¿Qué eres tú?

D. le pasó el brazo por encima del cuello al tigre y pegó su rostro al del felino.

—Yo soy todos y uno. Soy el demiurgo, Hope. —Los ojos de D. y los del tigre brillaron en rojo neón al unísono por un instante—. Soy el demiurgo. Y ahora, la ayudita. ¡Corten!

El ruido de una claqueta bajando resonó en la mente febril de Hope. Y con su chasquido, la jungla se desvaneció.

8

Brillaba en su muñeca izquierda. Un falso y macabro reloj con forma de erupción cutánea de un rojo enfermizo. Un rojo muy parecido a los ojos de él. A los del tigre. D. Un rojo que, implacable, con un escozor que hacía apretar los dientes, aceleraba su cuenta atrás.

377

376

375

Hope vagaba por las calles a trompicones, aún capaz de andar entre los pastores de vacas y los faquires que tragaban espadas, saltaban sobre brasas o encantaban serpientes, pero temiendo a cada instante que uno de los latigazos volviera a hacerla caer y vomitar otro pedazo de sus entrañas sobre el pestilente empedrado. El olor, desde luego, no ayudaba. Madurai olía a una peste especial: una mezcla de mierda, sudor, carne a medio pudrir y algo más siniestro; como si una sombra aleteara sobre la ciudad, a la que todos daban la espalda, pero teniéndola muy presente.

Hope sabía perfectamente qué era esa sombra. El verdugo de aquellas decenas de cadáveres enterrados en el pozo. El siervo de Kali, la diosa negra del caos y la sangre. Más de mil vidas se había llevado ya con sus secuaces estranguladores.

Y ni cien mil saciarían su ferviente deseo de ser el favorito a los ojos de la diosa.

Ese era el huésped a «desalojar». Su enemigo. Un asesino perfecto y letal al que todos los habitantes de Madurai, desde el brahmán más opulento al intocable más humilde, temían. Y tenía cada vez menos tiempo para hacerlo. La infección seguía jugando como una ruleta rusa donde todos los giros tenían premio; a veces reduciéndose a una fiebre ardiente pero soportable; a veces clavando unos dientes al rojo que la hacían rodar por el suelo, entre las maldiciones de los paseantes, que no dudaban en patear a aquel bulto tembloroso de andrajos si se les cruzaba en el camino.

Hope sabía que tenía todas las de perder. Pero sabía también que jugaría hasta el último aliento, que esta vez no habría vacilaciones, como sí las hubo ante el ojo abierto del saurio herido. La piedra bajaría y perforaría el cerebro. Eso, o ella moriría en el intento.

Además, conocer al enemigo era siempre la mitad de la batalla. Y también conocía el escenario. El muchacho le había mentido. No solo la había ayudado trasladándola por arte de magia de la jungla a la ciudad. También había abierto puertas en su mente. Hope conocía el momento exacto de la historia de la ciudad y del país en el que se encontraba. Conocía también su pasado, en los más mínimos detalles, como si la enciclopedia más ambiciosa sobre la India se hubiera cargado en su cerebro con una nitidez perfecta, palabra por palabra y sin tener que acudir a un índice cada vez que necesitaba una respuesta. Y conocía también todo el mapa urbano en el que se movía ahora, andando por el mercado de falsas sedas, camino de la tortuosa calleja de los cuchilleros y a apenas unos cien pasos de la cara este del gran templo, donde más de diez mil dioses aguardaban esculpidos en colores brillantes.

Tal vez eso eran las *skills* que había mencionado el D. joven. Tal vez fuera un jueguito más para confundirla.

Lo único que tenía claro era el mismo sentimiento que la había alimentado en la Ciudad, donde había perdido todo su

pasado, feliz o triste, tira a tira. Sobrevivir. No como un deseo, un medio para lograr algo mejor en el futuro. Sobrevivir como un fin. Sobrevivir como el Fin.

Eso la impulsaba a caminar a trompicones entre la masa de las cuatro castas y los parias que sofocaba las calles. Caminar y seguir el zumbido. Siguiendo ese sexto sentido que le decía que había que girar por la segunda calleja a la izquierda y no por la tercera a la derecha. Un panal de abejas que se iban cabreando paso a paso.

Hope tomó una nueva costanilla envuelta en sombras, con tres bultos informes en los que hervían las moscas pudriéndose sobre los adoquines. Al final de la calle, una herida de luz, sangrando y sangrando un resplandor que le hizo lagrimear sus enfebrecidos ojos. Llegó al final. Y perdió el aliento.

La cara este del templo de Meenakshi Amman. Su gopuram más antiguo, el que erigió Maravarman Sundara Pandyan. Una torre de color llena de hileras e hileras de demonios y bestias. Y todos la miraban a ella.

—¿Impresionante, verdad? —D., a su lado, vistiendo un *sherwani* de terciopelo rojo y brocado y turbante de seda, pero con sus Ray-Ban negras bien caladas —. *Madas, vinayakas, chureles* y *chedipes*. Un montón de primos que tengo aquí. Joder, demasiada competencia...

—¿Cómo me lo...? ¡¡¡Buuuuuooagggg!!!

Un chorro de sangre brillante, más rosa que roja sobre los escaarpines de D.

—Joder, Hope, controla, ¿no? —Se desenrolló el turbante y comenzó a limpiarse el peine —. ¿Qué me decías?

—¿Cómo me lo cargo?

—Ajá, así que has pillado el truco, ¿eh? —La sonrisa de dos colmillos—. Eso no te lo voy a decir, querida. Ya te he dado el marcador. Solo tienes que seguir tu instinto, localizarlo y echarle huevos, nada más. Y bueno... ¡Eh!

Hope había comenzado a alejarse, maldiciendo entre dientes. D. la atrapó por la manga de sus harapos y la obligó a mirarle.

—No seas maleducada, que estoy siendo muy cortés y comprensivo. Te voy a dar una ayuda más. Pero solo una, porque es la primera vez. Aquí —le señaló el centro de la frente— no tienes nada. Pantalla en blanco. Solo la mierda que te hicimos en la Ciudad.

La Ciudad. La Carne en las calles. El viejo que no se callaba. La fotografía.

—Pues, bien, para ir llenándolo te he dejado unos bonus repartidos por cada fase. Por cada uno que recojas, recuperarás un recuerdo.

—¿Y cómo sabré cuáles son?

D. sonrió otra vez, pasándose la lengua por el filo de su dentadura.

—¡Oh, lo sabrás! Lo sabrás en cuanto los veas. Ciao, ciao. Y ya no estaba.

Hope se volvió hacia el gopuram de las bestias y demonios multicolor. Ya no la miraban a ella. Miraban hacia abajo, hacia un niño mendigo que extendía la mano en la calle, tambaleándose sobre los pies. Tenía algo en la mano extendida, algo brillante.

Paso a paso, cargando el peso sobre el pie derecho y arrastrando el izquierdo, Hope fue descubriendo qué era ese algo brillante.

Cinco puntas.

Purpurina dorada.

Y una larga cola.



— ¡Tella! ¡Tella! ¡Tella!

Tella. Tella. Estrella. La que guio a los tres magos de Oriente. La que bendijo el nacimiento del Niño Dios. La que bendecía ahora a William, su pequeño milagro regordete de un año que ya tenía al fin su primera palabra.

Tella. Tella.

— ¡Tella!

— Ahora, cariño. Ahora.

A lo lejos, el teléfono. Una llamada de Navidad inoportuna que no pensaba atender; una felicitación aséptica, sin sabor, del recepcionista de turno. «Le deseamos una feliz Nochebuena. Y sabe que, como cliente VIP, puede optar a nuestra oferta especial...»

Hope no lo descolgó, pero subió el volumen del *Jingle Bells* que cantaba la pantalla plana de su *suite*, un regalo más de la Visa Platinum, como lo era también el enorme abeto que había hecho instalar en el *hall*; un abeto que esperaba el último adorno. William empezó a dar palmadas y a reír, tratando de seguir el ritmo de la música sin conseguirlo. Hope le sonrió y le mostró la *tella*, girándola lentamente para que la purpurina reflejara la luz en mil brillitos. Willy dejó de palmear y se quedó un instante en silencio, con los ojos muy abiertos y la babilla cayéndole del labio colgante. Luego estalló.

— ¡¡¡Tellaaaaaaaa!!!

Hope se la dio, lo cogió en brazos y caminó hacia el abeto del *hall*.

Una estrella, tenía que poner una *tella*.

9

— ¡Tella, tella, tella!

El niño mendigo, gritando. Un ojo ciego, con la pupila blanca y la esclerótica turbia. Un labio leporino que le hacía rociar saliva a cada «T».

— ¡Tella, tella, tella!

Hope le arrancó la estrella de las manos, y se fundió entre la multitud que rodeaba el templo. El niño seguía gritando a su espalda. «Tella. ¡Tella!». Miró por encima del hombro y lo vio con la mano extendida, como si aún la sostuviera.

Cien pasos después, Hope seguía mirando la estrella, muy de cerca, caminando cada vez más lentamente, olvidándose del reloj inscrito en su carne que pasaba del **297** al **296**.

Willy. Una navidad en una *suite*. El peso caliente y blando de un bebé. Sus manos guiando las pequeñas y regordetas del niño para coronar el gran abeto repleto de bolas de colores, espumillón y bastones de regaliz.

Se detuvo y se dejó caer sobre una pared. Recuerdos. Recuerdos felices. Una Hope antes del dolor. Antes de la Ciudad.

Gritó. La enfermedad que la carcomía apretó el lazo. Su corazón no bombeaba sangre, sino una metralla semilíquida que iba cortándola en pedazos por dentro. Recuerdos. Recuerdos felices. Pero no había tiempo para la memoria. La memoria era el lujo del superviviente.

Su instinto se transformó en algo visible. Tres enormes flechas de colores chillones dominaron su visión. Un número creciente emergió también ante sus ojos: 211 pasos, 213, 215. Y en el dorso de su mano izquierda, la erupción bajando del **270** al **269**. Casi podía escuchar la risa de D.

Apretó los dientes y fingió reír.

Dejó caer la estrella y se lanzó a la persecución de su blanco a pasos largos y desmañados, pero cada vez más veloces.

En el suelo enlodado, la estrella *tella* brilló una vez más y desapareció.

10

Cada vez más cerca. Aunque nunca visible.

Un borrón de movimiento entre dos brahmanes que conversaban y reían mientras arrastraban por las muñecas a una niña desnuda. Una sombra al fondo del callejón, fugaz y amorfa. Pasos marcando un ritmo secreto bajo las voces de mil mendigos que extendían unas manos de uñas largas y melladas mientras castañeteaban los dientes.

Y al fin lo tenía. La flecha le decía que su objetivo, el *thuggee* Thug Behram, responsable de aquel pozo de muerte en que había despertado, había doblado en la calleja de la izquierda. Y el mapa de su cerebro sabía que era un callejón sin salida.

Apenas treinta pasos de largo por tres de ancho. La rata contra la pared, acorralada.

Hope se detuvo en la bocacalle y miró por la esquina. Una silueta embozada caminaba de espaldas a ella hacia el fondo, a paso incierto, como si no estuviera segura de adónde iba. No tenía un físico imponente. Behram era un hombre enclenque, más bajo que ella, cincuenta y dos kilos de hueso y piel. Pero sus manos eran letales. Una lazada de su *rumāl* por la espalda, un tirón y otra alma más para Kali.

Pero era Hope quien le había ganado la espalda. Y la enfermedad parecía haberle dado un respiro. Volvía a sentir la agilidad de un cuerpo adolescente y la musculatura de una gimnasta. Behram se había parado en mitad de la calle, mirando hacia arriba. No tendría mejor ocasión.

Se descalzó sus apolilladas alpargatas y separó los dedos de los pies. Luego se lanzó a correr, a toda velocidad.

Cuando su presa miró hacia atrás, Hope ya estaba en el aire. Y un segundo después, cayó sobre ella, y la derribó. Se sentó sobre su espalda con las rodillas y le cogió un brazo por la muñeca. Lo retorció. El grito que salió de la garganta de Behram fue agudo, desvalido. A Hope le encantó. Lo haría chillar como un cerdo. Le haría pagar por aquel pozo de muerte, por las uñas largas rasgándole la mejilla, por la carne pútrida despegándose del hueso como manteca rancia.

Le dio dos puñetazos en las costillas, regocijándose con los sollozos y los gritos de piedad entrecortados. Quería verle la cara, así que le arrancó el pañuelo, le agarró del pelo y le obligó a mirarla, a experimentar el mismo horror de sus víctimas un segundo antes de que le hundiera las uñas en los ojos.

Allí lo tenía, frente a frente, retorcido por el miedo.

— Por favor, por favor...

Hope estaba a punto de romper a reír. Por favor. Las palabras que más se oían en la Ciudad. En todas partes. *Por favor, por favor, por favor.* En mil gargantas rotas. Y justo después de rogar, el dolor. Esa era la lección. Y eso iba...

— Por favor. Por favor...

Y entonces la niebla roja se deshizo y Hope vio el rostro que tenía frente ella por primera vez. Su máscara cruel se deshizo en pedazos.

— Por favor...

Los ojos desorbitados. Las lágrimas en las mejillas. Los labios temblando.

Una niña...

11

— ¿Qué? ¿Hay algún problema? ¿A qué esperas?

Hope no dijo nada. Tampoco se movió. Siguió sentada a horcajadas sobre aquel cuerpo pequeño y desvalido, una muchacha de doce o trece años que la miraba con un terror que apuñalaba el alma.

— Pero vamos a ver, ¿te pensabas que íbamos a jugar a algo tan fácil como un mata-mata con todas las pistas? ¿Sigue al tipo malo, córtale los huevos y *walk into the sunset*? ¡No jodas, anda! Eso no tendría gracia. Tenemos a un público que entretener, ¿sabes? Un público muy exigente, acostumbrado a lo *hardcore*, con toda la eternidad por delante, difícil de...

Hope dejó de aprisionar a la niña con su cuerpo. Primero se levantó ella, luego ayudó a la muchacha, que tardó todo un minuto en cogerle la mano, y, antes de dejarla marchar, la abrazó con fuerza.

— Huye — le susurró al oído —. Huye.

La niña la miró sin comprender, luego algo se encendió en sus ojos y, a pesar del miedo, sonrió. Empezó a correr hacia la entrada del callejón.

D. estaba apoyado contra una de las paredes de adobe, en el lado de sombra, dándole pataditas a los adoquines. Las mandíbulas se le marcaban bajo la piel como hojas de afeitar. De pronto, meneó la cabeza con violencia.

— Y una polla.

Chasqueó los dedos una vez. En plena carrera, la muchacha que Hope había estado a punto de matar se detuvo, una silueta congelada en una pausa perfecta.

—Y después del *pause*, el *rewind* — dijo D., volviendo a sonreír y dejándole ver a Hope por encima de las gafas aquellos ojos como carbones encendidos—. Te vas a cagar.

La joven comenzó a correr marcha atrás, acercándose a ellos cada vez más deprisa. Pero no solo ella. La luz del sol, las sombras de las nubes, las partículas de polvo y los enjambres de insectos. Y la propia Hope. Todo iba hacia atrás.

La escena retrocedió hasta que Hope ya estaba en el aire. Y un segundo después, cayó sobre su presa y la derribó. Se sentó sobre su espalda con las rodillas y le cogió un brazo por la muñeca. Lo retorció. El grito que salió de la garganta de Behram fue agudo, desvalido. A Hope le encantó. Lo haría chillar como un cerdo. Le haría pagar por aquel pozo de muerte, por las uñas largas rasgándole la mejilla, por la carne pútrida despegándose del hueso como manteca rancia.

—Por favor, por favor.

—¿Qué, me vas entendiendo?

Le dio dos puñetazos en las costillas, regocijándose con los sollozos y los gritos de piedad entrecortados. Solo que no quería regocijarse. Ni pegarle dos puñetazos en las costillas. Ni ver su cara retorcida por el miedo. Quería resistirse, demostrarle a ese cabrón que con ella no podría jugar, que ya habían jugado bastante en la Ciudad, que nadie podría obligarla a... .. le arrancó el pañuelo, le agarró del pelo y le obligó a mirarla.

—Y seguimooooos hasta el final. ¿Cómo era eso? Hundirle las uñas... en los ojos.

Allí lo tenía, frente a frente, retorcido por el miedo. Pero no era retorcido, era retorcida. Una niña. Inocente, aterrada. Una niña.

—Por favor, por favor...

Hope estaba a punto de romper a reír. Y llorar. Por favor. La palabra que más se oía en la Ciudad. En todas partes. *Por favor, por favor, por favor. Por favor no me hagas matarla. Por favor.* En su garganta rota.

—Por favor. Por favor...

Pero ahora no lo decía la niña. Lo decía Hope, llorando.

—Lo siento, *baby*. Créeme que lo siento —y se notaba que D. lo sentía, eso era lo más terrible—. Pero tienes que aprender. Esa... era la lección. Y eso iba...

—Por favor. Por favor...

Y entonces la niebla roja se deshizo y Hope vio el rostro que tenía frente a ella por primera vez. Y su máscara cruel se dobló en una sonrisa salvaje.

Hundió sus uñas en los ojos, apretó hasta que la garganta de la niña se rasgó en un alarido y dos torrentes rojos brotaron de las cuencas violadas. Luego, sus manos bañadas en sangre buscaron el cuello joven, frágil, una ramita de olivo bajo una bota de acero.

Y apretó. Apretó. Apretó.

—¡Crac! Joder, muy bien, muy bien, coño, muy bien. ¡Cojonudo! —D. se levantó y comenzó a aplaudir a Hope, dueña otra vez de su cuerpo, sentada sobre el cadáver de la muchacha, con la mirada perdida en él, mirando sin verlo. D. miró al cielo como si allí hubiera un millón de cámaras grabando en directo la barbarie y un gran foco lo iluminara solo a él—. ¡No se quejarán, damas y caballeros! ¡Les prometimos sangre, les prometimos fuego, les prometimos mierda! ¡Inocencia robada! ¡Sueños rotos! ¡Un pasado lleno de secretos que mejor sería olvidar! ¡Y una prota con un par de huevos! ¿Acaso no doy lo que prometo, querido público? ¿Acaso no os estáis tragando las uñas ensangrentadas por saber qué vendrá ahora?

—No fui yo.

D. dejó de mirar el cielo. Hope se había limpiado las lágrimas de las mejillas y sonreía, con algo que no era ira, desespero o locura.

Inocencia.

Pureza.

—No fui yo. Fuiste tú. Usaste mi cuerpo, sí. Hundiste mis uñas en sus ojos. Le partiste el cuello con mis manos. Pero fuiste tú. No fui yo. Fuiste tú.

D. se quedó mudo por un instante. Luego rompió a reír. Primero entrecortadamente, luego con carcajadas que lo hicieron doblarse por la mitad. Lágrimas de fuego le surcaban la mejilla con un siseo humeante.

— ¿Eso crees? ¿Eso crees de verdad?

— Sí. Fuiste tú. Yo jamás haría algo así.

— Ay, ¡cuánto nos vamos a divertir, querida! Cuánto nos vamos a divertir... De hecho, me gusta más así. Haz lo que te salga de los huevos, que yo haré lo propio. Y ahora, *cutsce*.

Hope se quedó congelada, sin poder mover un músculo. Al fondo del callejón apareció un grupo de encapuchados con túnicas negras. Tomaron el cadáver de la niña, se cargaron a Hope sobre los hombros y comenzaron a caminar calle abajo.

Sobre el rostro de Hope, tan cerca que podría besarlo, o arrancarle los labios de un mordisco, flotaba el rostro de D. Sonriente. Los ojos brillando tras las gafas de sol.

— Cuánto nos vamos a divertir.

Final Boss

— Jefe, jefe, jefe, jefe.

Una nota. Repetida rítmicamente. Arrancando ecos. Reverberando en las alturas. Alturas. Una cámara grande.

— Jefe, jefe, jefe, jefe...

D. y su propia nota infinitamente repetida. Entre dientes, un susurro entre nervioso y divertido. Un susurro más inquietante que la nota baja, de cien mazas contra cien pieles tensas, que enturbiaba el aire.

— Jefe, jefe, jefe, jefe...

— Por favor, cállate.

Hope se giró y abrió los ojos. Una estatua horrenda la recibió. Una mujer bella, tallada en obsidiana, pero con la boca abierta en una mueca grotesca; dos filas de colmillos y una lengua larga, con la punta curvada hacia arriba. Un collar de manos y otro de cráneos pelados y diminutos. Cráneos de